

tantes de Saumur habían tomado una parte muy activa en la guerra civil; muy adictos á la Revolución, como todas las poblaciones del Oeste, abrigaban contra el gobierno de los Borbones sentimientos de hostilidad que enardecían diarias luchas con los alumnos de la Escuela de Caballería establecida en dicha ciudad. Estos alumnos, escogidos entre los oficiales y sargentos que llevaban al menos dos años de servicio, pertenecieron, desde 1818 á 1820, á los cuerpos de ejército formados por el duque de Feltro. Sabido es el espíritu de exclusión que presidió á la selección expresada. Esto creó en Saumur dos campos muy distintos: la escuela y la población, ésta enteramente liberal y aquella realista acérrima. Alborotadores y pendencieros, los alumnos, al primer rumor, á la menor pendencia, se reunían contra la población. Los habitantes, organizados en guardia nacional, no se mostraban menos unidos ni menos animados: un redoble de tambor bastaba para hacerles acudir armados. Toda conmoción política en la residencia del gobierno repercutía en Saumur; en ambos campos, los ánimos se exaltaban ó se calmaban según que París estuviese más tranquilo ó más agitado. Los trastornos del mes de junio, los acalorados debates de la Cámara con motivo de la ley electoral y el descubrimiento del complot de 19 de agosto habían ocasionado allí una fermentación que aún no se había apaciguado, cuando los alumnos se enteraron, el 7 de octubre, de que Benjamín Constant acababa de llegar á Saumur. Este diputado iba á visitar á sus electores de la Sarthe y había aceptado un banquete con que los prohombres liberales de Saumur le obsequiaban el día siguiente. Aquella misma noche, muchos alumnos apedrearon la casa en que Benjamín Constant se había hospedado, intimando á éste, con amenazas, que no saliera inmediatamente de la ciudad. Dispersados por la guardia nacional, los alumnos volvieron el día siguiente en mayor número y se propusieron impedir el banquete; la guardia nacional acudió de nuevo y se dispuso á proteger á los comensales; los alumnos renovaron sus gritos y sus injurias; inicióse una especie de colisión; á los paisanos se les escaparon dos ó tres tiros; los militares desenvainaban los sables; vienen á las manos y pronto resultan varios heridos en uno y otro bando. Acuden el general comandante de la escuela, el alcalde y el subprefecto, quienes sólo al cabo de largos esfuerzos consiguen poner fin á la reyerta. El día siguiente, Benjamín Constant abandonó la ciudad y prosiguió su viaje bajo la protección de un fuerte destacamento de gendarmería.

El banquete, causa de aquellos desórdenes, apresuró la realización de un proyecto de sociedad política secreta, propuesta, tiempo hacía, á los principales comensales por el médico militar Grandmenil. Se ha dicho que Benjamín Constant ejerció considerable influencia en la fundación de esta sociedad; el rumor carece de fundamento. Benjamín Constant consideraba á los Borbones y á su partido como los adversarios irreconciliables de la Francia nueva; deseaba su caída y la hubiera aplaudido; pero jamás hubiese entrado en ninguna conjuración: el conspirar repugnaba á su manera de ser. Orador, literato, hombre de discusión, su palabra y su pluma tenían cierta osadía; pero su audacia no pasaba de ahí. Lejos de mezclarse en los complots, rechazaba hasta las confidencias relativas á los mismos. Su visita

á Saumur, sin que él lo sospechara, fué la ocasión, pero no la causa, de la formación de la sociedad política de que vamos á hablar. Irritados por las violencias de los alumnos de caballería, los organizadores del banquete á Constant, impacientes por asociar sus cóleras, se reunieron la noche inmediata á la salida de este diputado y resolvieron adoptar el plan propuesto por Grandmenil. El día siguiente, 10 de octubre de 1820, quedó fundada la sociedad de los *Caballeros de la libertad*.

La asociación se difundió con una rapidez que superó á las esperanzas de sus fundadores. Los medios de propaganda eran tan sencillos como fáciles. Todo escrito, correspondencia, lista ó nota, estaba severamente prohibido; el juramento de no revelar nada, de proveerse de armas, de estar preparado para cualquier acontecimiento y requisición, era la única promesa que se exigía de los afiliados. El poder de la iniciación pertenecía á cada miembro; el provocar afiliaciones no sólo era un derecho, sino que también era un deber. Cuando un *caballero* había afiliado á nueve individuos, su reunión formaba un *comité*. Cada uno de estos comités particulares de diez miembros constituía un grupo completamente aislado; los jefes, en las ciudades ó en los pueblos que contaban varios comités, eran los únicos que se conocían entre sí y formaban un *comité principal*. Todas las comunicaciones se hacían de palabra; el impulso y las órdenes se transmitían del *comité central de Saumur* á los *comités principales*, y por éstos á los *comités particulares*, por medio de *comisarios*, viajantes infatigables escogidos entre los miembros que más extensas religiones tenían en la comarca y que ejercían la propaganda más activa. Para reconocerse, los asociados hacían un signo especial con la mano. No se exigía cotización alguna; no se aceptaban más que los sacrificios voluntarios; los miembros pobres daban su tiempo y su persona; los ricos contribuían con su persona, con su tiempo y con su fortuna.

La asociación de los *Caballeros de la libertad* no reclutaba adeptos únicamente en la clase media y el ejército, entre la multitud de compradores de bienes nacionales, empleados destituidos, oficiales, propietarios, médicos y abogados, á quienes inquietaban ó irritaban las pretensiones y la influencia cada día más amenazadora de los adversarios de la Revolución; también los buscaba en la clase trabajadora, y encontraba numerosos adherentes, no sólo entre los antiguos soldados esparcidos por los campos, sino que también entre los bateleros del Loira. El fin aparente de la Sociedad consistía en «mantener la integridad de la Carta, obtener el restablecimiento de la ley electoral de 5 de febrero de 1817 y librar al rey del yugo de los cortesanos y de los contrarrevolucionarios.» Poco tiempo después de su fundación, la Sociedad encontró en la propia Escuela de Caballería una fuerza inesperada. El 1.º de enero de 1821, todos los alumnos que habían terminado sus cursos de instrucción fueron enviados á sus regimientos y reemplazados por sargentos ú oficiales de los reclutamientos ó promociones de 1818 y 1819, imbuídos del espíritu político que dominaba desde aquella época en las clases inferiores de los regimientos. Estos no tardaron en relacionarse con los fundadores de la Asociación, que introdujeron en la misma escuela que antes le había sido tan hostil; pronto estuvieron afiliados más de la

mitad de los alumnos. Siete meses después de su fundación, la Sociedad podía considerarse dueña de Saumur y no contaba menos de 15 ó 20.000 miembros en los ocho departamentos que baña el Loira, desde Orleans hasta Paimbœuf. Aún no se había combinado ningún plan de insurrección cuando, á mediados de mayo, varios *caballeros de la libertad* de Angers recibieron la visita del estudiante de derecho Riobé, quien, provisto de cartas de Lafayette, iba á introducir en la capital del departamento de Maine-et-Loire una Asociación secreta formada en París hacía apenas tres meses. Enterado de que existía una Sociedad análoga en el departamento, Riobé fué á Saumur y se avistó en un pueblo inmediato con Grandmenil, que le puso en relación con el *comité central*. Este resolvió unir su acción á la de su similar de París. Poco tiempo después se operó la fusión deseada y los *Caballeros de la libertad* se sometieron á la dirección de los jefes de los *carbonarios* franceses.

Esta última Sociedad tuvo su origen en la conspiración militar del 19 de agosto, y sus estatutos estaban calcados sobre los de los *carbonarios* de Nápoles, que habían adquirido gran fama; únicamente se hicieron las modificaciones que reclamaban las aptitudes y las costumbres francesas. Las principales disposiciones de este reglamento eran las siguientes:

La Sociedad se componía de una *alta Venta*, ó sección superior, de *Ventas centrales* y de *Ventas particulares*. La *alta Venta*, autoridad suprema y soberana, que elegía sus miembros, era única; el número de *Ventas particulares* y *centrales* era ilimitado. Cada reunión de veinte *carbonarios* formaba una *Venta particular* que elegía de su seno un *presidente*, un *censor* y un *diputado*. Cuando estas *Ventas* llegaban á veinte en una misma población ó departamento, sus veinte *diputados* se reunían y formaban una *Venta central*, la que tenía á su vez su diputado, su *censor* y su *presidente*. Los diputados de las *Ventas centrales* eran los únicos que se comunicaban con la *alta Venta*. Las recepciones no tenían nada del fantástico aparato que la exageración del espíritu de partido les atribuyó; los iniciadores enmascarados, los puñales ó sables sobre los cuales se prestaba juramento, son fábulas lanzadas para pábulo de la credulidad pública; las admisiones se verificaban, por el contrario, con la mayor sencillez; tenían efecto, en cada *Venta particular*, mediante la presentación de uno ó varios miembros, sin solemnidad, en cualquier sitio, después que el beneficiario había prometido guardar el secreto sobre la existencia de la Sociedad y sobre sus actos; no conservar de ellos ninguna traza escrita, no tener nota ni lista alguna, ni copiar siquiera un solo artículo del reglamento, proveerse de un fusil de munición y veinticinco cartuchos, y pagar cada mes la cotización de un franco.

Los fundadores del *carbonarismo* francés fueron los estudiantes Joubert y Dugied, quienes, después de haber abortado la conspiración de 19 de agosto en que se hallaban comprometidos, se refugiaron en Nápoles, donde fueron admitidos *carbonarios*; desde un principio se les unió el estudiante de medicina Buechez, en cuyo modesto cuarto de la calle Copeau se celebraron las primeras reuniones, á las que asistieron el abogado Rouen, los estudiantes de derecho Limperani, Guinard,

Sautelet y Cariol, el estudiante de medicina Sigond, y los empleados Bazard y Flottard. A fin de ocultar su debilidad, se dividieron en tres grupos de tres miembros que, tomando los títulos de *presidente*, *censor* y *diputado* de otras tantas *Ventas* particulares que suponían formadas, se presentaron como simples delegados de una *alta Venta* compuesta de hombres políticos importantes, los cuales no eran, á su vez, más que los agentes de aquel *comité directivo* europeo que los soberanos aliados en sus manifiestos, los oradores de la derecha de la Cámara en sus discursos y los escritores realistas en sus periódicos, señalaban á la indignación de los pueblos y á la persecución de los gobiernos. ¿Qué hombres componían tan famoso comité directivo? ¿Quiénes constituían la *alta Venta*? ¿Dónde celebraban sus reuniones? Dugied, Buechez y sus amigos guardaban sobre esto un silencio misterioso, esperando que con dejar el campo abierto á todas las conjeturas, la Asociación, merced á la influencia que lo desconocido ejerce en las imaginaciones, haría rápidos progresos. Pero lo maravilloso no basta para procurar adherentes á las conjuraciones políticas; nadie se arroja á ellas sino con la condición de poder marchar detrás de hombres cuya posición y experiencia sean, para el peligro como para el éxito, una especie de garantía ó salvaguardia más tranquilizadora que los vagos asertos de unos jóvenes, de los cuales el de más edad aún no había cumplido veintiséis años. Estos comprendieron pronto la necesidad de obtener la adhesión, como miembros de la *alta Venta*, de escritores y diputados que pudiesen dar á los esfuerzos de su propaganda la fuerza moral y la autoridad de que ellos carecían. Algunos de los fundadores conocían á Cauchois-Lemaire y á Arnold Scheffer, escritores de oposición, célebres sobre todo por las numerosas causas que se les había formado por supuestos delitos de imprenta, y les decidieron á ingresar en la Asociación. Una vez admitidos, éstos solicitaron la adhesión de Lafayette, que se apresuró á darla é hizo admitir á los diputados Kœchlin y Corcelles, al abogado Merilhou y á Schonen, consejero del real tribunal de París.

Entonces las reuniones no se celebraban ya en el cuartito de estudiante de la calle Copeau, ni las presidía el modesto empleado Bazard: los *carbonarios* se reunían en casa del abogado Rouen, bajo la presidencia de Lafayette. A partir de aquel momento, el éxito fué rápido; la mayor parte de los miembros de la antigua sociedad secreta *La Unión* y de la asociación pública *para la libertad de imprenta*, la juventud y oficialidad iniciadas en el complot de 19 de agosto se apresuraron á aceptar la afiliación; en menos de tres meses, París contó cincuenta *Ventas* particulares. Entonces se trató de arrastrar á los departamentos. Numerosos jóvenes *carbonarios*, provistos de cartas de varios individuos de la *alta Venta*, se repartieron las provincias á fin de propagar en ellas la Asociación. El estudiante Riobé era uno de estos enviados particulares, y ya hemos visto como su visita á Saumur determinó la adhesión de los *caballeros de la libertad* al *carbonarismo*. Tan inesperado desarrollo decidió la *alta Venta* á concentrar en algunas manos la organización de la Sociedad en los departamentos y sus relaciones con París. Dividiendo el territorio en tres grandes regiones: Este, Mediodía y

Oeste, para confiarlas á otros tantos comisarios, dió la dirección del Este á Buech, la del Mediodía á Scheffer y la del Oeste á Rouen.

En medio del silencio absoluto impuesto por la censura á los periódicos, las discusiones de la Cámara de los diputados pueden indicar el estado moral de Francia en aquella época de la Restauración. Los discursos más violentos de los diputados de la izquierda no eran más que el eco muy atenuado de la irritación que provocaba en todo el reino la influencia, cada vez más acentuada, del partido ultrarrealista en la marcha del gobierno.

Las persecuciones, las ruinas y los suplicios de 1815 y 1816 habían dejado profundas huellas en las memorias; y aunque seis años de gobierno constitucional habían modificado la situación y la política del partido realista, cuyos medios de acción no podían ser ahora los mismos que antes, el solo hecho de reaparecer en los bancos del palacio legislativo la mayoría quebrantada por la real orden de 5 de septiembre, causaba tales alarmas en la clase media y la necesidad de una lucha á todo trance se dejaba sentir de tal modo en ella, que á primeros de julio, menos de seis meses después de la fundación del *carbonarismo*, eran conta-

dísimas en Francia las poblaciones en que la Asociación no contara al menos algunos afiliados.

Muchos de los carbonarios, en su odio al despotismo y en su sincero amor á la libertad, que habían guiado siempre su conducta política en todas las épocas de su carrera, veían el principal crimen del gobierno en sus tendencias retrógradas y en sus proyectos de contrarrevolución. Pero eran más todavía los que odiaban á los Borbones sobre todo por el hecho de haber vuelto á consecuencia de los desastres nacionales é impuestos por el extranjero. Los primeros no tenían más objeto que restablecer á la nación en la plenitud de su soberanía y entregar el ejercicio de sus derechos á una nueva Asamblea constituyente; los segundos, indiferentes en materia de principios, no separaban los destinos de Francia de su pasado imperial ni de la persona del jefe del Imperio. Pero mientras éstos ponían sus deseos y sus esperanzas en la gran víctima que, desde hacía seis años, expiaba sus faltas políticas en Santa Elena, un buque salido de esta isla el día 7 de mayo, venía á anunciar á Europa que, bajado prematuramente al sepulcro, Napoleón no pertenecía ya al mundo sino por la imperecedera memoria de sus triunfos, de sus reveses y de su cautiverio.

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

Efecto producido en Europa por la noticia de la muerte de Napoleón; influencia de este acontecimiento en la situación de los partidos políticos de Francia.—Elecciones de 1821. Inauguración de la legislatura. Mensaje de la Cámara de diputados en contestación al discurso de la corona. Irritación de Luis XVIII. Caída del ministerio.—Advenimiento de un ministerio *congregacionista*. Anuncio de los complots preparados en Saumur y en Befort.

Los intereses y las situaciones habían experimentado en Francia un cambio demasiado profundo desde 1815, para que la muerte de Napoleón pudiese modificar en nada la posición de los partidos. La noticia tuvo gran resonancia en todas las clases de la sociedad; pero la emoción no pudo traspasar el recinto del hogar doméstico. La censura impuso silencio á los periódicos. Algunos servicios fúnebres celebrados sin boato; los retratos, los grabados y las vistas de Santa Elena, expuestos en los escaparates de las librerías, fueron los únicos testimonios públicos de recuerdo y simpatía que la policía toleró en favor de la memoria del grande hombre. La Cámara de los diputados, portavoz del país, hubiera permanecido completamente muda, si en la sesión del 6 de julio, en medio de un discurso pronunciado con motivo de la censura, el señor Duplessis de Grenedan no hubiese dejado escapar la palabra *usurpador*. «¡Ha muerto!, exclamó con energía un diputado de la izquierda.—Hay personas que podrían gritar: ¡el emperador ha muerto, viva el emperador!» replicó Duplessis. Hay que decir, en honor de todos los partidos, que la impertinencia del diputado bretón fué acogida por la Cámara entera con vivas muestras de desaprobación. Cediendo á un impulso unánime, la Asamblea abandonó inmediatamente la sala y obligó al orador á aplazar para el día siguiente la continuación de su discurso.

Hubiera podido creerse que la muerte de Napoleón redundaría al menos en provecho de los Borbones, desalentando los esfuerzos de sus adversarios. Pero, en 1821, la querrela no se debatía ya entre imperialistas y realistas, entre bonapartistas y borbónicos; eran la Revolución y la contrarrevolución las que entonces se encontraban en lucha. Como en la época de los *Cien días*, el nombre del emperador ejercía sobre todo una influencia omnipotente en las poblaciones rurales, en los antiguos soldados que le habían llevado en triunfo desde el golfo Juan hasta París, y que, personificando en él el genio de las batallas, la gloria y la grandeza de la patria, hacían de su imagen el culto secreto del hogar; adoradores entusiastas y convencidos, que no querían dar crédito á la infausta nueva. «No, no, decían, semejante hombre no puede morir así; ¡el día menos pensado, cuando menos se acuerden sus enemigos, reaparecerá!» Aquellas masas rurales constituían el verdadero partido de Napoleón. Y como el *carbonarismo* no sólo buscaba adeptos entre la clase de la sociedad que más hostil se había mostrado con el antiguo jefe del gobierno imperial, sino que contaba entre sus miembros más conspicuos los mismos diputados que más influyeron en los acuerdos de la Cámara de representantes después de la batalla de Waterloo, para los car-

bonarios de esta categoría la muerte de Napoleón no podía cambiar el carácter ni debilitar la energía de la resistencia al gobierno de los Borbones. El acontecimiento era más bien favorable que perjudicial á su política, puesto que simplificaba la situación. La libertad perdía un terrible adversario, la lucha un estorbo, y la Francia liberal no tenía ya enfrente más que los príncipes y el partido impuestos á la patria por las victorias del extranjero. Los miembros de la Sociedad que no separaban el imperio del emperador en sus esfuerzos contra el gobierno real, experimentaban en su causa una pérdida inmensa, aunque esta causa no quedaba sin bandera. Muerto Napoleón, Francia volvía á encontrarse como el día después de la segunda abdicación: su soberano era Napoleón II. Pero estas disidencias no se manifestaban abiertamente; unidos por un fin común, que era el derrocamiento de los Borbones, los conjurados, en virtud de una especie de acuerdo tácito, remitían la cuestión del gobierno futuro á la decisión de una nueva Asamblea constituyente elegida dentro de las condiciones prescritas por la Constitución de 1791.

Los puntos del territorio en que los carbonarios y los caballeros de la libertad, unidos bajo una dirección común, aunque conservando su organización distinta, se esforzaban en establecer centros de insurrección, eran: en el Mediodía, *Marsella*; en el Este, *Befort*; en el Oeste, *Saumur*. Como en 1820, la guarnición de cada una de estas ciudades formaba la base de cada complot.

La organización de los caballeros de la libertad había precedido á la de los carbonarios; los elementos de conjuración preparados y reunidos por el comité central de Saumur fueron los primeros que se encontraron preparados para una sublevación; el movimiento destinado á extenderse en el Oeste por toda la cuenca inferior del Loira podía estallar en el mes de noviembre; pero, en aquel momento, los carbonarios completaban en el Este la organización de una insurrección no menos extensa, que tenía su centro y eje en Befort, y que, ramificándose por Mulhouse, Neuf-Brisach, Colmar, Estrasburgo y Metz, tendía á sublevar á toda la Alsacia, los Vosgos y la Lorena entera. La idea de dividir la atención y las fuerzas del gobierno con una explosión simultánea en dos extremos opuestos del reino, decidió al comité directivo á retrasar la señal del levantamiento del Oeste hasta el momento en que los conjurados del Este estuviesen en condiciones de poder operar su movimiento. Fijáronse los últimos días de diciembre para aquella doble explosión.

Mientras los adversarios de los Borbones se entregaban á aquel trabajo insurreccional, y, confiados en la